



La actividad de la fe

Meditación sobre Hebreos 11:1-7

Paul JEANMONOD

biblicom.org



Los creyentes judíos, a quienes se dirige esta epístola, mostraban cansancio en su camino cristiano. Muchos de ellos ya se habían alejado (cap. 6:6), es decir, habían vuelto al judaísmo, del que habían salido, después de abrazar el cristianismo durante un tiempo. Otros corrían el riesgo de seguirlos (cap. 4:1, 11). Para estos creyentes, se había producido un gran cambio: todo el sistema de la ley, con sus sacerdotes y sacrificios que no pueden quitar los pecados, fue dejado de lado y sustituido por un Cristo celestial, invisible a los ojos de la carne, sumo sacerdote a la derecha de Dios. Por lo tanto, debían desprenderse de todo lo que los unía religiosamente a la tierra: del templo, del altar visible y de los sacrificios ofrecidos según el ritual levítico, para fijar sus ojos en Cristo, rechazado en la tierra, pero sentado en el cielo. Este desprendimiento era aún más difícil por el hecho de que el sistema judaico había sido ordenado por Dios, por lo que solo podía producirse a través de una vida de fe (cap. 10:38).

Para animar a los hebreos a esta vida, el autor de la Epístola les muestra que ella siempre había caracterizado a los hombres de Dios que la habían realizado con las cosas invisibles desde los primeros tiempos y a través de todas las épocas. Las cosas visibles no habían sido su esperanza. «Murieron todos estos, no habiendo obtenido las promesas; pero las vieron y las saludaron de lejos, y confesaron que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra» (11:13).

En este capítulo 11, el apóstol presenta la actividad de la fe en cuatro grandes períodos. El primero es el que va de Abel a Noé (v. 1-7); es el mundo antiguo. En el Jardín del Edén, antes de la caída, la fe no tenía oportunidad de mostrarse como desde la entrada del pecado en el mundo, por lo que no tenemos ningún ejemplo de fe mientras el hombre está en la inocencia. El segundo período va desde el llamado de Abraham hasta la salida del pueblo de la tierra de Egipto (v. 8-22). El tercero, va desde esta salida hasta su entrada en Canaán (v. 23-31). El cuarto, por último, abarca el tiempo transcurrido desde que los israelitas entraron en Canaán. En este último período, la fe caracterizó a los jueces, a los profetas y a la realeza en David (v. 32-38). A partir de la mitad de los versículos 35-38 el apóstol alude a la época de los Macabeos y a la paciencia de su fe en las grandes pruebas. Los libros de los Macabeos no forman parte de las Escrituras, pero son verdaderos relatos históricos; por ellos conocemos las terribles persecuciones a las que se vieron expuestos estos fieles judíos, especialmente durante el reinado de Antíoco Epífanes.

En este capítulo 11, comenzando por Abel, el primer hombre que vemos morir, tipo de Cristo rechazado y condenado a muerte por su pueblo, pasamos por todo el período hasta el mundo renovado después del diluvio, luego el de los pueblos en la

tierra, y después de ver la vida de fe realizada por los hombres de Dios en relación con las cosas invisibles, llegamos a Jesús, Cabeza y consumidor de nuestra fe, sentado en el cielo (cap. 12:1-3). Comienza con Cristo soportando la cruz y termina con él glorificado en el cielo.

La palabra «fe» tiene tres significados principales en las Escrituras. **1.** La de la confianza en Dios y en sus promesas. Es la fe en sentido práctico, como dice: «El justo vivirá por fe» (10:38). Tiene este significado especialmente en este capítulo 11; a menudo también en los Evangelios y en otros lugares. **2.** Es la recepción en el corazón de la verdad y consecuentemente de Cristo como Salvador para tener la salvación (Lucas 7:50; Rom. 3:25-31, etc.). A veces estos dos significados se combinan, como en Hebreos 11:6: «Sin fe es imposible agradar a Dios». **3.** Señala a la Palabra, el conjunto de las verdades del cristianismo (Judas 3; Hec. 6:7; 1 Tim. 1:19; 4:1; 5:8; 6:20-21, etc.). Estos dos últimos significados también se encuentran a veces juntos en la misma palabra. A veces se refiere a la medida de comprensión que un alma tiene de las verdades de la Palabra (2 Tim. 2:18; Rom. 14:22).

En el versículo 1 del capítulo 11 tenemos los efectos producidos en el alma por la fe, más que una definición de lo que ella es. Da plena seguridad de la realidad de las cosas que se esperan, la certeza absoluta de su posesión y de que no pueden fallar. Es también la demostración interior, hecha a nuestras almas, de las cosas ocultas a nuestros ojos, haciendo visible lo que no lo es. Para ella los cielos están abiertos y el Señor es *visto* coronado de gloria y de honor (11:7). *Ver* es la capacidad de captar, de darse cuenta de la naturaleza y de la belleza de los objetos que están ante nosotros. El versículo 1 del capítulo 3 nos exhorta a considerar al apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión, Jesús. *Considerar* expresa un pensamiento distinto al de *ver*, es tener los ojos fijos con atención en un objeto –aquí Cristo– para conocerlo mejor y descubrir sus perfecciones divinas. El versículo 1 del capítulo 12 dice: «*Fijos* los ojos en Jesús». *Fijar* los ojos expresa un pensamiento diferente al de *ver* y *considerar*, es tener los ojos fijos definitivamente en el objeto de nuestra fe, es no apartarse de él para llevarlos a otra parte, pues solo él es suficiente para el corazón en su excelencia para el tiempo y la eternidad; nada fuera de él es digno de una mirada. Así el alma, en pleno contacto con Cristo, lo ve, lo considera, lo fija, se encuentra actualmente en el precioso disfrute de su belleza, de su excelencia, de todo lo que él es para el corazón, así como de las seguras promesas hechas a los suyos. Esta es la demostración de las cosas que no se ven. Qué diferente es el lenguaje aquí del de Pedro, escribiendo a los mismos judíos convertidos a: «Quien aun sin verle, creéis» (1 Pe. 1:8).

Fue como resultado de su fe que los ancianos recibieron los diversos testimonios

que Dios les dio (v. 2). A través de ella comprendemos el hecho de la creación, que los hombres con toda su ciencia no pueden explicar. Solo comprenden la transformación de la materia y no su origen. Dicen que “de la nada, nada se hace; y de algo nada se pierde”. Esto es la ciencia y es lo correcto para ellos en todos sus experimentos con la materia. Pero Dios es anterior a la materia y está por encima de las leyes que él ha establecido y que la rigen a ella y al universo. Él hace lo que quiere. Los hombres no pueden entender que de la nada las cosas que aparecen han sido creadas, el mundo que habitamos y los que están en el espacio. ¿Cuántas cosas absurdas han dicho para explicar el origen de lo que existe, ignorando a Dios? Pero para la fe todo es sencillo, entiende lo que los científicos no pueden explicar, Dios ha hablado, la cosa ha sido y permanece. El creyente tiene un entendimiento que los hombres no tienen, por eso se dice: «Por la fe entendemos» y no sabemos, «que los mundos fueron ordenados por la Palabra de Dios, de manera que lo que se ve, fue hecho de cosas que no se veían». Creemos no solo en un Dios creador, sino en el poder de su Palabra: Él habló y la cosa fue. Pero, así como el Señor *llamó* a las cosas a la existencia por su palabra, así *sostiene* todas las cosas por la palabra de su poder, y es aún por su palabra que los cielos y la tierra de ahora serán *destruidos* por el fuego (Hebr. 1:2-3; 2 Pe. 3:7).

Tras el hecho de la creación, entendido por la fe, viene la cuestión de acercarse a Dios. Esto está presenta en Abel quien, por fe, se apropia el medio dado por Dios para ser aceptado por Él. No vemos que Abel ofrezca un sacrificio por un pecado que ha cometido, no es que fuera perfecto, sin fallos, porque «todos han pecado», sino que lo que aquí se trata y lo que su fe reconoce es que el hombre es un pecador, expulsado del Jardín, lejos de Dios y que hay en gracia un medio, solo uno, para acercarse a él, el que él da: la sangre de una víctima. Abel tiene el pensamiento de Dios; ¿cómo? No es dicho, pero fue expresado en los vestidos de piel con los que Dios había cubierto a sus padres, ¡la sangre había corrido! Ofrece un sacrificio sangriento y recibe el testimonio de ser justo, Dios da testimonio de sus dones, es decir, que él y su ofrenda fueron aprobados. Está ante Dios según todo el valor de su sacrificio. Asimismo, estamos ante Dios por la fe en todo el valor de Cristo y su ofrenda.

La Escritura no da una palabra de la boca de Abel, y sin embargo dice de él: «Incluso muerto, aún habla». Habla a través de su fe y su sacrificio. Ambos significados se encuentran en el pasaje. Habla por su sacrificio, porque es una imagen del de Cristo que el pecador necesita para acercarse a Dios; habla por su fe, porque la fe en la excelencia del sacrificio de la cruz es el único medio de justificación.

En Abel tenemos tres imágenes. 1° La del hombre que se acerca a Dios por la fe en virtud del sacrificio de Cristo y que por este medio es justificado. 2° Su ofrenda es la imagen de la de Cristo, que satisface la justicia de Dios ofendido. 3° Matado por Caín, es una figura de Cristo rechazado y condenado a muerte por su pueblo. Sin embargo, este último aspecto no se encuentra aquí, sino en [Génesis 4](#).

Caín no tiene en cuenta el pecado, ni del alejamiento de Dios en el que se encuentra por la caída, ni Su santidad y los medios que da en gracia al pecador para acercarse a él. Es el hombre en su propia justicia, que piensa que Dios debe recibirlo como es, con su religión, sin redención. Ofrece los frutos de un suelo maldito, pero no está aceptado, aunque es el primer hombre que ofrece a Dios, ya que su ofrenda está presentada antes que la de Abel. Es una imagen del hombre que se cree justificado por sus obras, y de Israel que, habiendo rechazado a su Mesías, pretende que Dios debe bendecirlo sin la obra de la cruz: «Ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios» ([Rom. 10:3](#)).

Cristo murió para satisfacer la justicia de Dios y para destruir el poder del que tenía la potestad de la muerte. Creemos en su sacrificio y por fe recibimos de Dios el testimonio de ser justos y el testimonio del valor de su sacrificio. Estamos ante Dios en la perfección de Cristo mismo y de su ofrenda, aprobados en justicia, en la relación de hijos con él para la eternidad. Al llevarnos a él nos ha dado una nueva vida que tiene su fuente en él mismo, y que para siempre encontrará su gozo en su presencia, donde no está el pecado, lejos de un mundo que va al encuentro de su juicio del que escaparemos.

Estamos esperando esta parte gloriosa y la fe sabe que para entrar en ella no es necesaria la muerte. Esto es lo que Pablo enseñó a los corintios y a los tesalonicenses ([1 Cor. 15:51-55](#); [1 Tes. 4:15-18](#)).

La muerte para el creyente es una posibilidad, si el Señor se demora, pero no una necesidad. Enoc lo entendió, por lo que su arrebató se atribuye a su fe: «Por la fe fue trasladado, para que no viese la muerte». Es una figura de los que ahora esperan, no la muerte, sino al Señor, para ser transmutados en su venida. Creemos lo que él creyó; nuestra fe es como la suya, así como la de Abel para la justificación.

Enoc significa *enseñado, instruido*. Tal era por Dios tocando una esperanza más allá de la muerte, fuera de la escena visible en la que se movía sin ser de ella. Su conducta demostró que también estaba enseñado por Dios cómo debía ser su conducta mientras esperaba la realización de su esperanza, de modo que contrastaba completamente con la de un mundo lleno de corrupción y violencia. Su gozo era caminar

con Dios, por lo que recibió el testimonio de haberlo complacido.

La esperanza viva en el corazón, esperando a Aquel que nos ama, la comunión de nuestras almas con él y el goce que de ella se desprende, ejercen su efecto santificador separándonos de este mundo e imprimiendo un carácter celestial de apartarse de un mundo corrupto y juzgado. Así, nuestra conducta se cumple en obediencia, en armonía con nuestra esperanza, y en contraste con el mal que está ante nuestros ojos. Esto caracterizó a Enoc.

¡Qué diferencia presenta Enoc, el primer hijo de Caín, también llamado Enoc por su padre, así como la ciudad que construyó Caín! Desde el principio, el hombre alejado de Dios, pretende a la posesión del conocimiento, que tiene de sobra, pero sin Dios y para mal. Es la sabiduría humana que, prescindiendo de Dios, desconoce sus derechos, se establece en la tierra que organiza, busca su bienestar y su disfrute en la posesión de las riquezas, con la música y la industria. Esta era la familia de Caín; este es su camino, este es el mundo ([Judas 11](#); [Gén. 4](#)).

El versículo 6 muestra lo que caracterizó la fe de Abel y la de Enoc, y lo que hicieron en contraste con la conducta de Caín. «Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que existe, y que recompensa a los que le buscan». Creer que Dios *es*, no es creer solo en su existencia, sino en su esencia y carácter. En su esencia, Dios es luz y amor; en su carácter, justo y santo. Abel lo creyó, y en consecuencia se presentó con el sacrificio por el cual fue aceptado. Enoc recibió el testimonio de haber complacido a Dios, pues lo honraba con su vida de fe, en santa separación del mundo de entonces, esperando no la muerte, sino la venida del Señor que él anunciaba, creyendo que Dios es el remunerador de los que lo buscan. Caín creía en la existencia de Dios, pero no en lo que Él es en justicia y santidad. Sin tener en cuenta su estado pecaminoso, se acercó sin un sacrificio sangriento y no pudo ser aceptado.

Otro elemento importante, el gobierno de Dios y sus caminos en la tierra, está de nuevo presentado en el versículo 7 como objeto de la fe. Junto con las verdades de los versículos anteriores, esto hace un conjunto que muestra la belleza y el orden de la Palabra.

En esta epístola, el apóstol se dirige a judíos a los que se habían hecho promesas y que, a través de las Escrituras, conocían la esperanza de Israel y las bendiciones terrenales a las que el pueblo debía acceder. Una herencia será su porción en el Milenio, después de la destrucción de los malvados por el juicio. Por eso se añade el ejemplo de Noé. Noé es «advertido por Dios acerca de lo que aún no se veía», a saber,

la destrucción por agua de un mundo de impíos, y de la herencia que tendría por fe en un mundo renovado. Le fue dado el conocimiento del futuro; temió y construyó un arca para la preservación de su casa. Con esta arca condenó al mundo, pues con ella anunciaba que las aguas sobre las que flotaría lo cubrirían. Era un predicador de la justicia de Dios que quería acabar con la corrupción y la violencia que llenaban la tierra y hacer a Noé «heredero de la justicia que es según la fe», es decir, del mundo renovado después del diluvio.

Noé es una figura del remanente judío que, en el último día, pasará por las aguas del juicio, la tribulación de Jacob, y luego heredará la tierra. Los efectos de la fe en él son primero el temor, luego que condena al mundo por su testimonio y se convierte en heredero. Sin duda creía lo mismo que Abel y Enoc, pero su fe está presentada en relación con la tierra y los caminos de Dios aquí abajo.

Al igual que él, creemos en los juicios venideros de los que habla la Palabra, de los que escaparemos, para poder participar con Cristo en su parte celestial. Reinaremos con él y juzgaremos al mundo (2 Tim. 2:12; Apoc. 20:4). Nuestra fe es como la de Abel para la justificación, como la de Enoc para una parte celestial más allá de la muerte, sin necesidad de pasar por ella, y como la de Noé para el gobierno y los caminos de Dios en este mundo y para la posesión de la herencia prometida.

La fe introduce a Dios cuando el pecado nos ha alejado de él; ella responde a todos los casos que se han presentado desde que él entró en este mundo; nos pone en posesión de todo lo necesario y bueno.

En los versículos 1-7 de este capítulo 11, ella está vinculada con los grandes principios generales y permanentes de las relaciones de Dios con los hombres. Cuatro rasgos principales la caracterizan. 1° Se apoya en la Palabra de Dios y se aferra a ella como la única guía que puede instruir la en todas las cosas y dirigirla. 2° Se acerca a él por medio de Cristo y entra en posesión de la justicia. 3° Entra en la esperanza de la venida del Señor y de la bendición con él más allá de la muerte. 4° Tiene el conocimiento del juicio venidero y de los caminos de Dios aquí abajo.

Estos y otros rasgos, presentados en una serie de ejemplos en el resto de este capítulo, deben seguir caracterizando la vida de todos los creyentes hoy en día. La fe es la base de toda su actividad, para gloria de Aquel que, en gracia infinita, para salvarlos, fue la víctima sangrienta bajo el juicio divino. Él sufrió los sufrimientos y la muerte de la cruz para llevarlos en la perfección y el descanso de la morada de la paz eterna, y es durante el tiempo de su peregrinación el modelo perfecto y divino, «Autor y consumidor[1] de nuestra fe».

[1] Definición del Pequeño Dic. del NT: Aquel que hace una cosa perfecta y la lleva a su estado final.

MÉ, año 1941, página 253 y siguientes